

Marcelo Mella
Polanco

Académico del
Departamento de Estudios
Políticos Usach



El daño de las oposiciones de demolición

El proceso político puede leerse como una sucesión de atajos mentales para organizar la disputa por el poder. Tras el cierre del ciclo de la Concertación, Chile ingresó en una etapa de alternancias minoritarias y fragmentación partidaria, donde las oposiciones comenzaron a recurrir sistemáticamente a narrativas de “demolición” con alta rentabilidad electoral.

Estas estrategias no buscan solo terminar con un gobierno, sino clausurar un ciclo político completo. Se alimentan del malestar y capitalizan el descontento social, pero rara vez lo transforman en soluciones y políticas públicas efectivas. Desde 2010, todas las oposiciones lograron derrotar al oficialismo de turno, pero ese éxito fue a costo de deteriorar la relación entre gobierno y oposición, multiplicar los conflictos institucionales y erosionar la satisfacción ciudadana con la democracia.

En este período se han sucedido cuatro metáforas de demolición y reemplazo: el “desalojo” formulada por Andrés Allamand en 2007; la “retroexcavadora” enunciada por Jaime Quintana a fines del primer gobierno de Piñera y comienzos de la segunda administración de Bachelet; la “refundación” del Frente Amplio y, más recientemente, el “gobierno de emergencia”, utilizada por José Antonio Kast y Republicanos en 2025.

Aunque muy distintas entre sí, comparten un rasgo común: priorizan la conquista del poder por sobre la coordinación política. El resultado ha sido una alternancia pendular, con poco espacio para reformas viables, acuerdos amplios y realismo respecto de las mayorías disponibles. Estas narrativas pueden servir para ganar elecciones, pero rara vez producen gobiernos efectivos. Por el contrario, debilitan la capacidad del Ejecutivo para construir consensos y acumulan costos crecientes para el sistema democrático. Son estrategias eficaces para acceder al poder, pero que generan un deterioro progresivo.

En democracias como la chilena, caracterizadas por presidencialismo, multipartidismo extremo y con dependencia de gobiernos de coalición, evitar esta deriva y aprender de la historia exige volver a distinguir entre ganar elecciones, resolver problemas públicos y preservar el valor de las instituciones. Sin estas distinciones básicas, la política queda atrapada en una lógica de demolición permanente.